

A LA LUZ DE LA MEMORIA

Amanece. Abro los ojos y observo un rayo que se ha colado por las rendijas de la persiana cruzando la habitación con disimulo, como si no quisiera romper la delicada calma que fluye en el ambiente.

Una oleada de imágenes irrumpe estrepitosamente. Círculos de rojo intenso advirtiendo de un sinfín de compromisos invaden las hojas de una ya gastada agenda, una agenda inmaterial de hojas que no son de papel, una agenda grabada en una mente que pierde por momentos la partida contra un ritmo frenético. No son esas las olas que he venido a buscar. La suave marea que necesito también se materializó en aquello que llaman el subconsciente, pero en forma de recuerdos. Un mar que se mecía lentamente al compás que cada uno decidía marcar...

Luz. Mi habitación entera se llena de esa vitalidad de la mañana. Pero mi viaje no se encierra en esta pequeña estancia. Respirar ese aire con toques de sal es lo que necesito.

Acabo de salir a la calle y me asombra la claridad que desprende el ambiente. Parece que aquello de "Costa del Sol" no era un mero nombre fruto del capricho del azar. Y, pese a la advertencia del nombre, nunca deja de maravillarme. Luz y calor. Cierro los ojos y disfruto de la agradable sensación. Los recuerdos no se demoran en hacer acto de presencia.

Ni un instante tardo en dejarme llevar por la ciudad. Paseo por sus calles y me pierdo en su encanto, que me envuelve. Observo cada detalle de cada rincón, lleno de vida. Sin darme cuenta, mis pasos se dirigen a los mil y un recovecos que esconden tantas y tantas tardes de risas con los amigos.

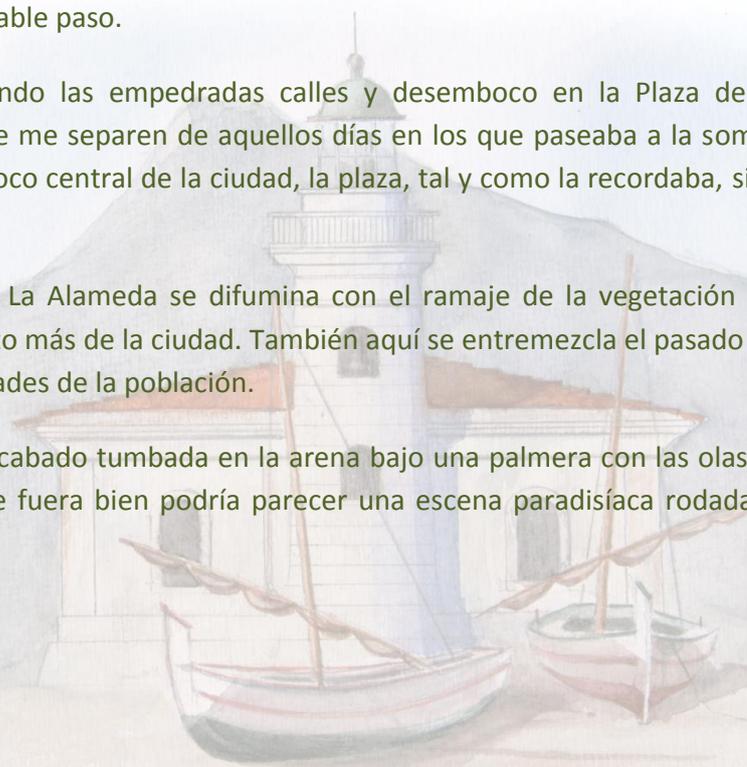
Ensimismada observo aquel edificio que rellena el hueco que había años atrás y aquella nueva fuente en el parque. Las agujas del reloj siguen su frenético girar mientras me dejo sorprender por cada mínimo cambio en el juego de las diferencias entre mi memoria y el paisaje que se presenta ante mí.

Pero los colores no cambian. Verde por doquier, una capa de amarillo cálido y el azul de fondo. Un poco de derroche de tonalidades esparcidas aquí y allá con aroma a pétalos completa la estampa. Sonríe. El tiempo podrá burlarse de nosotros y seguir su libre albedrío; de todas formas no siempre consigue transformar todo a su imparables paso.

Me tomo el lujo de seguir recorriendo las empedradas calles y desemboco en la Plaza de los Naranjos. Poco importan los años que me separen de aquellos días en los que paseaba a la sombra de estos árboles que dan nombre al foco central de la ciudad, la plaza, tal y como la recordaba, sigue con su bullicio incesante.

Y de un punto de encuentro a otro. La Alameda se difumina con el ramaje de la vegetación que parece apoderarse cada vez un poquito más de la ciudad. También aquí se entremezcla el pasado con las adaptaciones a las nuevas necesidades de la población.

No recuerdo exactamente como he acabado tumbada en la arena bajo una palmera con las olas del mar como banda sonora. Visto desde fuera bien podría parecer una escena paradisíaca rodada en



algún lugar recóndito del Caribe. Para mí es lo más parecido a rozar las puertas del paraíso, pero no por los motivos obvios que cualquiera imaginaría.

Un mundo en el que las personas se movían de allá para acá en busca de ideales como la estabilidad o la comodidad. Ese era el mundo en el que me tocó nacer, como podría haber sido cualquier otro. Y, otra casualidad más del destino, fue esta ciudad la que se convirtió poco después de que aprendiera mis primeras palabras en el escenario de mis juegos infantiles, primero; de mis sueños y proyectos de futuro, después. Un pequeño cambio en un cúmulo de coincidencias y quizás ahora me encontrara en otro lugar del mundo en lugar de haber vuelto aquí. O quizás no.

El sol, coronando el cielo desde su cúspide, sigue dibujando su trayectoria diaria por la bóveda celeste. Corro hacia el mar y no me detengo hasta que el agua me cubre prácticamente por completo. Juego a regalarme sorpresas que revivan los recuerdos como si les diera color de nuevo para que no se borrasen. Me tapo los ojos con las manos y giro lentamente sobre mí misma. Tras una cuenta atrás imaginaria dejo caer los brazos. Allí sigue, intacta, tal como la había archivado en mi mente. La misma estampa de postal. Ante mí el agua y la arena se extienden, una hilera de árboles, la ciudad y, en su papel de protectora, Sierra Blanca.

Mientras el “tic-tac” del reloj no descansa, yo perdí la noción del tiempo hace ya un buen rato. Me zambullo de nuevo en un mar; pero esta vez no es agua lo que me rodea, sino personas. Los que llevan toda una vida aquí se entremezclan con aquellos que un día decidieron venir para quedarse y con otros que permanecerán una corta temporada. Las culturas de unos y otros se entremezclan con voces en distintos idiomas.

Ni lo que fue décadas atrás, ni lo que yo conocí durante mi estancia aquí. Las ciudades las construyen quienes las habitan y aquí los ladrillos han sido muchos y variados.

Seguramente haya sido precisamente eso, las personas, lo que me ha traído de vuelta. O simplemente un poco de todo. Como este sol que se esconde en el atardecer, pintando el cielo de un tono rojizo. No soy la única se sobrecoge. A mi alrededor otras muchas personas se detienen a disfrutar del ocaso.

Sigo caminando distraída y tropiezo con un chico. Me apresuro a disculparme. Debo de parecer una visitante en su primer día en la ciudad porque a modo de respuesta él exclama: “Bienvenida a Marbella”.

Beatriz Muñoz Fuentes

2º BACHILLERATO

Tercer premio del I Concurso de Relatos Marbella Activa.